

BIBLIOTECA

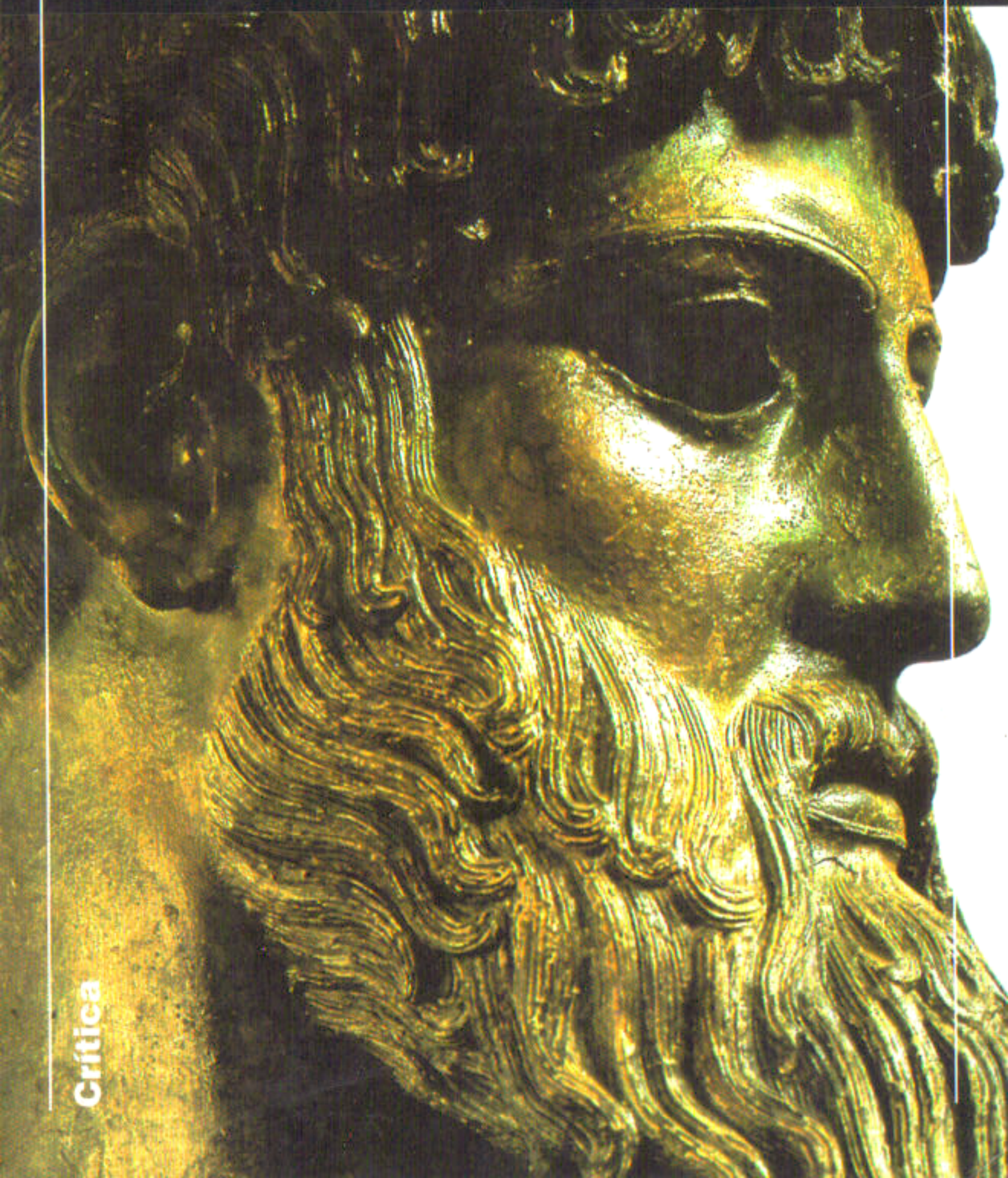


DE BOLSILLO

PAUL CARTLEDGE

Los griegos

Crítica



PRÓLOGO: CONOZCAMOS A LOS GRIEGOS

En cualquier estudio minucioso de las vidas de los antiguos griegos y de las épocas que éstos vivieron, hay dos cuestiones que quedan muy claras. La primera es que, en muchos aspectos fundamentales, eran como somos nosotros. La segunda es precisamente lo contrario: que, en muchos aspectos fundamentales, eran *distintos* de nosotros. Este nuevo trabajo que aquí presentamos, enfocado de manera biográfica, es un intento de abarcar con la misma firmeza ambos lados de la ecuación.

Como primera muestra, vamos a examinar los términos que en nuestro lenguaje, el inglés, hacen referencia a la política. La propia palabra «lenguaje» (*language*) la hemos tomado de los romanos, en un reconocimiento silencioso al enorme impacto y al amplísimo alcance del imperio romano, un auténtico imperio milenario. Además, el alfabeto que utilizamos para escribir dicho lenguaje es de origen griego, como la propia palabra «alfabeto» (*alphabet*). El hecho de que nos fuera transmitido por los romanos es una de las más acertadas evidencias que ponen de manifiesto el papel clave que éstos desempeñaron como mediadores en la herencia helénica que recibimos de la antigua Grecia. Por lo que respecta al ámbito global de la política, hay pocos ejemplos más claros de nuestra profunda deuda con esa herencia. No es sólo que la propia palabra «política» sea de origen griego, sino que conlleva términos políticos de uso habitual como «democracia» (literalmente, 'poder del pueblo') y, en el extremo opuesto, «monarquía» (gobierno de un solo individuo) y «tiranía» (gobierno ejercido por un déspota sin legitimación ni justificación).

Sin embargo, nuestras ideas occidentales y modernas sobre la democracia y la monarquía son en realidad bastante diferentes de las que pu-



FIGURA 1. *Príamo suplica a Aquiles que le entregue el cadáver de Héctor*, Gavin Hamilton, 1775. El pintor ha reflejado el momento culminante de la *Ilíada*, la primera obra maestra de la literatura universal, cuando la ira de Aquiles por fin se atenúa. «Aquiles —suplica el anciano rey de la Troya derrotada—, muestra tu respeto a los poderosos dioses y ten piedad de mí, recordando a tu propio padre.» La súplica de Príamo halló respuesta: el fiero Aquiles «tomó la mano derecha del anciano por la muñeca y la sostuvo, para calmar sus temores». Después, devolvió por fin el cadáver de Héctor a su padre para que éste le diera sepultura debidamente (Tate Gallery, Londres).

dieron tener los antiguos griegos. Lo que nosotros denominamos democracia —un sistema en el cual otorgamos la dirección de los asuntos públicos a unos pocos representantes que rara vez están sometidos a nuestro control inmediato— los antiguos griegos lo considerarían una oligarquía, otra palabra política derivada del griego y que significa ‘el gobierno de unos pocos’. Lo que nosotros llamamos monarquía, ellos no lo hubieran reconocido de ningún modo como una forma de gobierno político legítima y significativa. Las coincidencias de identidad en el vocabulario pueden indicar una herencia cultural compartida y, al mismo tiempo, disfrazar un profundo abismo cultural.

En esto se basa uno de los aspectos siempre fascinantes del estudio de los antiguos griegos, y especialmente del estudio de su política dentro del contexto más amplio de su cultura y su sociedad. Mientras nosotros tenemos en general la impresión de que la política actual se desarrolla en un lugar específico más bien remoto —el Parlamento o el Congreso—, los griegos percibían la política en todas partes y consideraban que todo tenía una dimensión política. Fue la política lo que dio forma, estructura y significado a todos los aspectos de su vida cotidiana. Incluso se identificaban a sí mismos como «animales políticos», según la famosa frase de Aristóteles en el primer tomo de la *Política* (escrita en la década de 330 a.C.).

La palabra griega de la cual se derivan en origen todos los usos antiguos y modernos del término «político» es *polis*, que se traduce habitualmente por «ciudad-estado» o sencillamente «ciudad». En total existieron bastante más de un millar de estas ciudades-estado, llegando quizás hasta la cifra de mil quinientas, diseminadas desde el extremo oriental del mar Negro (en lo que es actualmente Georgia) hasta las costas meridionales y orientales de España en el extremo occidental del Mediterráneo. En cuanto a sus dimensiones territoriales, variaban desde la extensión de Esparta (ocho mil km²), situada en el Peloponeso, en la Grecia continental, pasando por la extensión de Siracusa (cuatro mil km²), en Sicilia, o la extensión de Atenas (dos mil quinientos km²), hasta la de Corinto (noventa km²) o la de otros estados aún más pequeños. En general, contaban con una población de sólo unos pocos miles de habitantes, aunque es posible que la de Atenas alcanzara como máximo un cuarto de millón a finales del siglo V a.C. Estos estados se dotaron a sí mismos de una amplia variedad de formas de gobierno, pero, aunque no se puede decir en absoluto que todos ellos fueran siempre, o alguna vez, democráticos, lo importante es que se gobernaban por sí mismos.

Los criterios esenciales para que una comunidad fuera considerada como una auténtica *polis* eran que no estuviera gobernada directamente por una potencia extranjera, ni siquiera por otra potencia griega, y que eligiera su propio modelo de autogobierno. Sin embargo, sobre todo con fines militares, los principios de independencia y autonomía no eran incompatibles en la práctica con la pertenencia a una alianza de varios estados, como fue la Liga del Peloponeso, liderada por Esparta, o incluso la integración en un «supraestado» federal, como Beocia (liderada por Tebas). A veces, estos principios se ponían de manifiesto más por ser infringidos, que por ser cumplidos. Como ejemplo llamativo podemos mencionar que el imperio de los atenienses en el siglo V constituyó una notable infracción de la autonomía de la *polis*, a pesar de que todas sus virtudes positivas supusieran una contrapartida.

De ningún modo se puede afirmar que en las ciudades griegas todos los griegos fueran considerados como iguales, es decir, que tuvieran el mismo derecho al pleno disfrute de los privilegios políticos que otorgaba la ciudad. Aparte de los menores de edad, los extranjeros y, por supuesto, los esclavos, que estaban desprovistos por definición de prácticamente todos los derechos como ciudadanos, también las mujeres adultas estaban excluidas, por razón de sexo, de muchos de estos derechos. En gran medida, la ciudad griega era una especie de club exclusivo para hombres, aunque el alto muro levantado en teoría entre los varones y sus madres, hermanas, viudas e hijas pudiera en ocasiones ser escalado o incluso minado de un modo bastante radical.

A pesar de la diversidad obvia del panorama político y cultural, la mayoría de los habitantes de la antigua Grecia compartía un vínculo cultural común. Esta cultura helénica común tuvo su expresión más vital a través de la religión. Cuando se reunían unos con otros, o competían entre sí, en alguno de los grandes festivales religiosos panhelénicos, tales como los Juegos Olímpicos, hacían al menos tres cosas: competir por la gloria personal (o presenciar las competiciones), rendir culto a sus dioses y, además, celebrar su identidad griega común. En Delfos, considerado el ombligo del mundo griego antiguo, el oráculo de Apolo, hablando por boca de sus sacerdotisas, constituía un núcleo alternativo de esta herencia compartida. Heródoto, el gran historiador del siglo V a.C., lo resumió en una frase, como sólo podía hacerlo un conocedor y defensor de la identidad panhelénica: una lengua común (aunque con distintos dialectos), costumbres y tradiciones comunes (sobre todo religiosas) y la misma «sangre» (antepasados compartidos, tanto en la realidad histórica, como en los mitos co-

múnmente aceptados sobre sus orígenes). Estos tres componentes hicieron surgir «el hecho de ser griego».

Esta helenidad o condición de griegos en ningún caso era suficiente motivo para que los griegos se uniesen automáticamente para defender causas comunes, ni siquiera en tiempos de crisis; de hecho, rara vez les impulsó a hacerlo, debido al fuerte apego de los griegos a su identidad política esencial de miembros de una *polis*. Pero la helenidad estuvo siempre presente, constituyendo un marco que les ayudó de manera crucial a definir su identidad étnica. La mitad de las veces esto se hizo por diferenciación o por oposición rotunda con respecto a todos los que no eran griegos. A éstos los etiquetaron colectivamente, y a menudo despectivamente, como «bárbaros», denominación que procede en origen del hecho de que los no griegos hablaban idiomas ininteligibles que sonaban como «bar-bar».

Esta contraposición entre griegos y bárbaros está presente en Homero, en la primera obra literaria importante de los griegos —y del mundo occidental—, pero no tiene ahí un relieve especial, ni resulta tampoco del todo negativa. Sin embargo, dos o tres siglos más tarde, en la época de Heródoto, dicha contraposición quedó firmemente establecida, afianzada culturalmente, y llegó a predominar su carácter peyorativo. Dos hechos históricos fueron los principales responsables de este cambio radical en la autoconciencia «nacional».

En primer lugar, se produjo el traslado y establecimiento de los griegos fuera de su núcleo original del Egeo, para ocupar la mayor parte de las zonas costeras del Mediterráneo y del mar Negro, aproximadamente entre los años 750 y 500 a.C. Este desplazamiento se suele denominar la «colonización», aunque en realidad los nuevos asentamientos griegos fueron desde un principio ciudades independientes, y no colonias en el sentido que se le da actualmente a este término. Lo que atrajo o condujo a estos pobladores a fundar ciudades tales como Siracusa en Sicilia y Olbia en la costa norte del mar Negro fue una combinación de motivos y circunstancias: pobreza, codicia, aventura y un sentimiento religioso de predestinación.

En algunas zonas, los pobladores griegos tuvieron que competir con pobladores de otras nacionalidades, como, por ejemplo, con los fenicios (procedentes de lo que hoy en día es Líbano) en Sicilia y Chipre. A veces, las relaciones con las poblaciones indígenas fueron buenas desde el principio, como en Megara-Hiblea al este de Sicilia, y en Massalia (la actual Marsella); en general, estas relaciones fueron malas al principio,

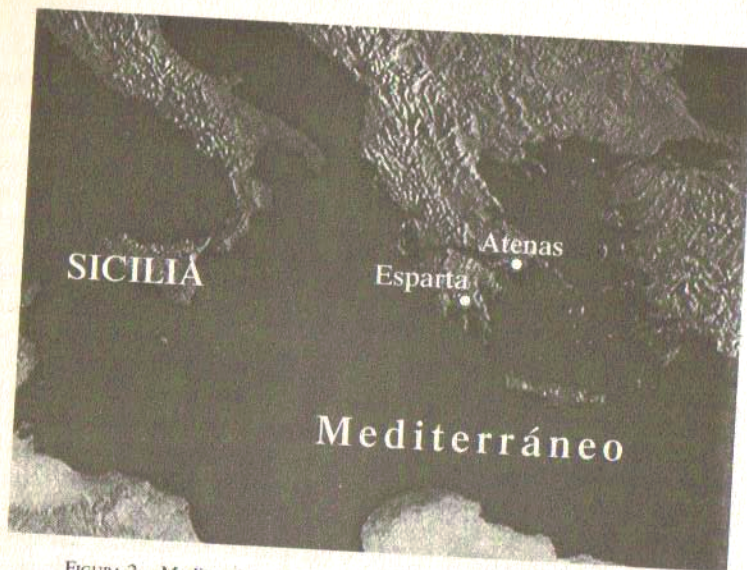


FIGURA 2. Mediterráneo oriental y central, mostrando las ubicaciones de las dos ciudades más importantes de la Grecia clásica: Atenas y Esparta. Fue la ambición de Atenas de conquistar Sicilia lo que más perjudicó su causa en la guerra del Peloponeso (431-404) contra Esparta.

pero luego mejoraron. En ocasiones, desgraciadamente, fueron malas desde el principio al final, como en Taras (Tarento, en el empuje de la península Itálica). En todos los casos, estas relaciones contribuyeron a definir por oposición lo que significaba ser griego, y pronto se vio a los griegos de las colonias desempeñando un papel importante en las fiestas panhelénicas que se celebraban en su territorio de origen.

El segundo factor importante para la definición de la identidad griega por oposición negativa a los bárbaros vino dado por el intento de un gran número de bárbaros —los persas y los distintos y variados súbditos de su imperio— de conquistar la Grecia continental durante las dos primeras décadas del siglo v. De hecho, en la década de 540 a.C., parte de los griegos que vivían en el continente asiático o en Chipre ya habían sido conquistados por el imperio persa e incorporados a dicho imperio. La mayoría de ellos se había sublevado en una revuelta que se produjo en el 499 a.C., pero estas revueltas fueron aplastadas media docena de años después. Fue principalmente la implicación de Atenas en estos levantamientos lo que condujo a la primera de las dos importantes invasiones persas de la Grecia continental. Esta expedición marítima, concebida principalmente como expedición de castigo y ordenada por el rey Darío en el 490 a.C., finalizó en la extraordinaria victoria lograda por los atenienses en Maratón. La segunda invasión fue una expedición mucho más amplia, realizada tanto con ánimo de venganza como de conquista, dirigida en persona por Jerjes, el hijo de Darío, en el 480 a.C. El impacto que esto produjo en la identidad griega fue complejo y decisivo. Como consecuencia, el estereotipo negativo de los bárbaros, que poco después se haría visible en la tragedia de Esquilo *Los persas* (472) y posteriormente, de un modo más sutil, en las *Historias* de Heródoto, dominó siempre en la conciencia griega.

Esto aportó también el andamiaje psicológico y espiritual para la siguiente oleada de emigración griega estable, que se produjo a continuación y por impulso de las asombrosas conquistas de Alejandro Magno (que reinó desde el año 336 hasta el 323 a.C.). Como resultado de esto, los griegos y la cultura griega penetraron en todo el Oriente Próximo y extendieron su dominio hasta zonas tan lejanas como Asia central por el nordeste, y Pakistán y la India en el sudeste. Aún hoy en día son visibles y palpables las consecuencias (por ejemplo, en la beatificación de Alejandro Magno dentro de la Iglesia cristiana copta de Egipto y la presencia de este emperador como personaje en la literatura de unas setenta naciones).

El imperio de Alejandro y, desde luego, el imperialismo, constituyeron en la Antigüedad el principal puente cultural entre Oriente y Occidente. Así se originó el llamado período helenístico (hacia los años 323-30 a.C.), durante el cual buena parte de este nuevo mundo griego cayó bajo el dominio de un nuevo imperio occidental, el Imperio Romano. Su final se produjo en el 31 a.C., al ser derrotados Marco Antonio y Cleopatra en Actium, al noroeste de Grecia, por Augusto, el primer emperador romano.

En cierto sentido, el antiguo helenismo sobrevivió a través del Imperio de Bizancio, fundado por el emperador cristiano Constantino en el siglo IV de nuestra era, hasta que la conquista de Constantinopla por los turcos otomanos en 1453 puso fin también a dicho imperio. Los sabios y eruditos que huyeron de la caída de Bizancio realizaron una contribución fundamental al esplendor del Renacimiento italiano, a través del cual se canalizó la herencia del helenismo, llegando ésta así hasta nuestros días.

Esta pugna entre uniformidad y diferencia que impresiona a cualquiera que analice la vida política de los antiguos griegos es aún más evidente en su cultura, su sociedad y su economía.

El poeta inglés Philip Larkin decía irónicamente que las relaciones sexuales se habían inventado en 1963. Los griegos, que nos aportaron la «pornografía» (que significa, literalmente, 'el hecho de escribir sobre las prostitutas o de representarlas pictóricamente'), no habrían dudado en discutir esta afirmación. Sus modos de practicar el sexo constituyen, desde luego, un elemento definitorio de una parte de su identidad cultural, al igual que sucede con otros pueblos. Pero, en un aspecto concreto, la homosexualidad, sus costumbres y prácticas sexuales han atraído más nuestra atención y les han dado una fama especial. Aunque la homosexualidad (masculina) de los griegos pueda ser rebatida en gran medida y se preste a profundas controversias, constituye, sin embargo, la fuente y el origen últimos de una importante práctica e identidad dentro de la sociedad moderna.

No ha pasado tanto tiempo desde que la expresión «amor griego» era un eufemismo para referirse a lo que actualmente se conoce como sexualidad *gay*, mientras que el término «lesbiana» paga un silencioso tributo a la poesía y la vida de Safo de Lesbos, sustituyendo al antiguo eufemismo «sáfica». No obstante, vale la pena recordar que la palabra homosexualidad data de hace sólo poco más de un siglo. Un *gay* actual

no es exactamente lo que era un homosexual hace cien años, y en la antigua Grecia no existían *gays* ni homosexuales en el sentido que hoy les daríamos a estos términos. Citemos sólo tres de nuestros más destacados griegos antiguos: de hecho, Safo era probablemente lo que llamaríamos «bisexual», aunque podría haber pasado de un estilo de vida predominantemente homoerótico a otro que fuera principalmente heterosexual (de persona casada). También Sócrates se casó y, en realidad, es posible que estuviera casado simultáneamente con dos mujeres, pero no hizo nada por reprimir sus fuertes tendencias homosexuales, aunque parece ser que no se dedicó a satisfacerlas físicamente. Por último, se dice que Alejandro Magno estuvo casado —también con dos mujeres— pero sólo por razones de descendencia dinástica; según los indicios, era preferentemente homosexual. Por consiguiente, he aquí de nuevo un caso de similitud y diferencia.

Si la homosexualidad de los antiguos griegos se puede considerar, al menos en ciertos aspectos, como un antecedente cultural, esta misma apreciación no es fácil de justificar en el caso de las religiones precristianas o paganas practicadas por los griegos. Éstos no poseían una única palabra que se correspondiera con nuestra palabra «religión» (que procede del latín). En vez de este término, utilizan varias parafrasis; la mayoría de las veces una expresión que significa literalmente 'las cosas de los dioses'. El plural, dioses, era y es fundamental. Para los griegos, el mundo en su totalidad estaba lleno de una multiplicidad de poderes sobrenaturales y superiores a los poderes humanos, siendo estos poderes a la vez masculinos y femeninos, o neutros, y a veces, cuando los imaginaban con forma humana, los llamaban dioses o diosas, pero en otras ocasiones, cuando los consideraban abstractos, los denominaban «demonios» (*daimonia*).

El Nuevo Testamento menciona algunos demonios famosos, especialmente los que fueron expulsados mediante los milagros realizados por Jesucristo. Sin embargo, a pesar de estar escrito en griego (helenístico), el Nuevo Testamento da testimonio de una religión radicalmente diferente del paganismo griego. Se trata de un libro, o un conjunto de libros, escrito por y para judíos helenizados que hablaban griego y vivían en la mitad oriental del Imperio Romano. Su propósito era principalmente transmitir el nuevo evangelio de San Pablo sobre el Cristo resucitado (la palabra griega «Cristo» es la traducción del hebreo «Messiah», que significa 'el Ungido'). Un escéptico podría querer ver algo más que

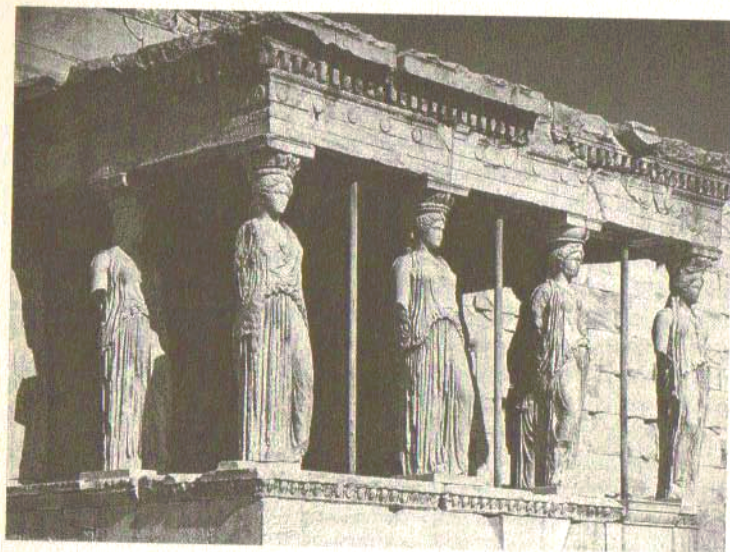


FIGURA 3. El Erecteión. Las figuras femeninas que ocupan el lugar de las columnas se llaman cariátides. El pórtico de las cariátides que se muestra aquí es la vista más famosa del templo dedicado a Atenea y Poseidón que se encuentra en la Acrópolis ateniense. Pero este templo se conoce con el nombre de Erecteión en homenaje a Erecteo, el mítico rey que fundó Atenas. Lord Elgin consiguió llevar las cariátides a Londres; los restos de los originales han tenido que ser trasladados a la seguridad de un museo cerrado para evitar que la polución les cause más daños.

la huella de un politeísmo precristiano que subsistiera en la posterior doctrina de la Trinidad, por no hablar del culto a una pluralidad de santos. Pero, en principio, el cristianismo (como su pariente, el judaísmo posterior al cautiverio) era un riguroso monoteísmo, en el que se creía no sólo que existía un único Dios verdadero, sino también que Dios había creado, sin ayuda ajena a Él mismo, el universo y todo lo que en él se movía.

Los griegos paganos —es decir, lo que se entiende por «helenos» en el Nuevo Testamento— creían precisamente lo contrario: que, en vez de un solo Dios, existían muchos dioses y diosas, y el universo era anterior a ellos y los había hecho nacer, y no al revés. El disperso y heterogéneo acervo griego de mitos relativos a la creación se formó con ausencia de dogmas, carencia de textos sagrados y la inexistencia de una clase sacerdotal vocacional y privilegiada que fuera la única autorizada para dar a los laicos (del griego *laos*, 'gente') una interpretación de esos mitos. En general, las prácticas rituales y el culto —lo que se hacía— tenían para los griegos precristianos más importancia que la fe, es decir, lo que se creía y pensaba. Resumiendo, aunque Bizancio desempeñó un papel crucial en la preservación y transmisión de la literatura pagana griega, el legado de los antiguos griegos no alcanza al ámbito de la religión.

Al menos, no de un modo directo e inmediato. Dos de nuestros actos culturales fundamentales, el teatro y los deportes atléticos de competición, se derivan en última instancia de contextos religiosos de la Antigüedad griega. Aun suponiendo que las peculiaridades y esencias de los originales antiguos puedan adoptarse actualmente con toda fidelidad, sin embargo se ha de poner el énfasis sobre todo en las diferencias espirituales y culturales, más que en lo que puedan tener en común el teatro y los deportes de la Antigüedad con los de hoy en día. Una manera de expresar este énfasis es analizar los principales sacrificios rituales que tenían lugar durante los Juegos Olímpicos y las Grandes Dionisiacas, un festival dramático que se celebraba anualmente en Atenas.

Se rendía culto a Zeus y Dioniso de la forma más espectacular mediante el sacrificio ritual de grandes cantidades de animales, y la carne de éstos, una vez cocinada, se distribuía entre los competidores, peregrinos, espectadores y otros participantes; los dioses sólo recibían el olor de las ofrendas que se quemaban en los altares. El sacrificio sangriento de los animales simbolizaba de esta manera, al mismo tiempo, la indisoluble conexión y la distancia insalvable entre los mortales y los inmortales.

No todos los antiguos griegos practicaban estos sacrificios. Los orfi-

cos y los pitagóricos se situaban aparte como sectas religiosas diferenciadas precisamente porque se negaban a hacerlos. Otros griegos adoptaron una actitud naturalista o incluso escéptica con respecto a la naturaleza y la existencia misma de los dioses. Es famosa la afirmación de Jenófanes de Colofón (en Asia Menor; su época de mayor productividad intelectual se sitúa alrededor del 550 a.C.) según la cual, si los caballos y el ganado vacuno tuvieran manos y pudieran dibujar, dibujarían sus dioses en forma de caballos y ganado vacuno, y además observó que los tracios no griegos representaban a sus dioses con el cabello rojo y los ojos azules, exactamente iguales a ellos. Por lo tanto, las representaciones antropomórficas de la divinidad realizadas por los griegos no estaban menos ligadas a su cultura. Un siglo después de Jenófanes, el famoso maestro Protágoras, natural de Abdera, al norte de Grecia, negaba que se pudiese saber con certeza si los dioses existían, o la forma que tenían, ya que el tema era oscuro y la vida humana corta. A partir de estas especulaciones teológicas críticas nació la filosofía griega.

La actividad consistente en filosofar tal como se realizaba en la antigua Grecia es fácilmente reconocible como un antecedente de lo que los filósofos hacen hoy en día; en todo caso, muchos de los antiguos filósofos manejaron los mismos tipos de temas utilizando los mismos tipos de modos verbales que se han utilizado posteriormente. Puede que el matemático A. N. Whitehead exagerara un poco cuando decía hace algunos años que la filosofía occidental es poco más que una serie de notas a pie de página en los textos de Platón. Sin embargo, un destacado filósofo y clasicista contemporáneo, sir Bernard Williams, señaló concisamente en el mismo sentido que el legado de la filosofía griega a la filosofía occidental es la propia filosofía occidental. Al considerar así la filosofía de la antigua Grecia, lo que se está haciendo es insistir una vez más en aquello que tenemos en común con los griegos, poniendo como centro y destacando la dimensión racional.

De hecho, los logros griegos en el campo de la filosofía se pueden expresar, dentro de esta perspectiva, como la aplicación de la racionalidad humanista y profana a las cuestiones (de la moralidad, de la existencia) que otras culturas y tradiciones han interpretado predominantemente o en su totalidad a través de categorías religiosas de pensamiento. Sin embargo, paralelamente a todo esto existen otras tendencias de la filosofía griega antigua más o menos racionales, o incluso antirracionalistas, como por ejemplo la escuela de los filósofos cínicos.

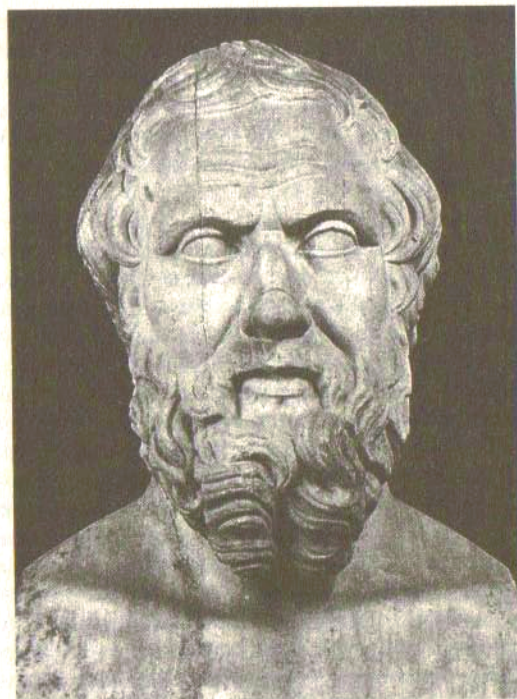


FIGURA 4. Heródoto. Esta representación imaginaria del «padre de la historia», como lo llamó Cicerón, hace justicia a la extraordinaria visión y a los logros pioneros de Heródoto: «Esto —escribió en su prólogo— constituye una exposición de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso, realizadas para garantizar que las grandes hazañas de griegos y no griegos no carezcan de su debida cuota de fama y, especialmente, sirve para explicar por qué lucharon unos contra otros» (Museo Nacional, Nápoles).

Además, lo que según los estándares de la antigua Grecia se consideraba como una explicación racional o científica de los fenómenos en muchas ocasiones no sería aceptado como tal entre nosotros. En la filosofía, al igual que en la ciencia, los griegos abrieron nuevos caminos y fueron a veces unos originales y asombrosos pioneros, aunque actualmente serían unos colegas más bien extraños en el aula y en la biblioteca, o en la mesa de laboratorio.

El surgimiento de la filosofía en la Grecia de los siglos vi y v a.C. constituyó sólo una parte de un movimiento más amplio al que a veces se denomina la Ilustración griega. Esto parte de la suposición de que era en cierto modo comparable a la Ilustración europea y americana del siglo xviii. Ciertamente, esta analogía resulta útil, hasta cierto punto. La filosofía, la historia, la educación superior, la retórica y varias ramas de la ciencia, especialmente la medicina, adquirieron entonces sus identidades profesionales propias y sus códigos disciplinarios. Llevaron a cabo lo que de buena gana reconoceríamos como importantes avances intelectuales. Sin embargo, coexistieron con ciertos modos de reflexión sobre el pasado, de instrucción de las siguientes generaciones, de curación de enfermos y, más en general, de creación de representaciones del mundo de naturaleza animada e inanimada que tuvieron una fuerte tradición.

Además, los antiguos griegos tuvieron una actitud muy diferente de la nuestra con respecto a la innovación como tal. Para la mayoría de los griegos, lo que era nuevo resultaba chocante en un sentido totalmente negativo. Por ejemplo, los términos griegos utilizados para designar la revolución política eran el equivalente de nuestros términos «innovacionismo» y «asuntos demasiado nuevos». No tenían ninguna equivalencia con nuestra palabra «progreso» y tampoco mucho parecido con nuestras ideas modernas sobre dicho progreso. Sólo en la esfera de las artes gráficas y escénicas se esperaba y se aceptaba la innovación, aunque la conexión inseparable de estas artes con el culto a los dioses se manifestaba más en el camino de la continuidad evolutiva que en un cambio realmente radical.

Existía una razón perfectamente válida para todo este conservadurismo básico de los griegos. Nosotros, a través de la aplicación de la ciencia y la tecnología, hemos llegado a dominar —y, también, en muchas ocasiones a destruir— una buena parte de nuestro entorno natural, o lo hemos modificado para lograr nuestros fines, y alcanzado unos niveles de productividad humana mediante máquinas y ordenadores que ninguna

cultura precientífica o preindustrial podría ni tan siquiera haber soñado. En cambio, los antiguos griegos estaban en gran medida a merced de las fuerzas brutales de la naturaleza. La mayoría de ellos vivía en los márgenes de la mera subsistencia, o cerca de ellos, totalmente expuestos a ser aplastados e incluso aniquilados por un desastre inoportuno en las cosechas o porque les sobreviniera una enfermedad, por no hablar de la amenaza constante de destrucción por efecto de las guerras entre los hombres.

En resumen, los griegos estaban dominados por lo que llamamos las fuerzas económicas, en vez de ser ellos los que las dominaban. No sorprende que la economía, tal como nosotros la entendemos, no fuera ninguna de las ramas del pensamiento o de la técnica que ellos desarrollaron de forma significativa. Cuando hablaban de *oikonomia*, se referían a la gestión prudente de una casa o propiedad individual privada, más que a la administración de una economía nacional. Ni siquiera los griegos ricos podían confiar en que algún día transmitirían intacta a sus herederos la propiedad inmobiliaria que ellos habían heredado. Para los griegos pobres, la misma idea de transmitir una propiedad inmobiliaria pertenecía a la esfera de la fantasía.

Son estas duras condiciones materiales básicas las que explican el conservadurismo de los griegos. También explican por qué la idea de cambio secular que predominaba entre ellos era una idea de decadencia, no de progreso. Ellos creían que en un tiempo lejano, en una edad dorada, la tierra producía espontáneamente el grano, el aceite de oliva y el vino, el equivalente de la leche y la miel para los griegos. Sin embargo, en la Edad del Hierro, las cosas fueron mucho peores y no había ninguna esperanza realista, ni siquiera expectativas, de que les pudiera ir mucho mejor en un futuro a corto plazo.

Los griegos intentaron explotar y superar esa idea muy general de decadencia irreversible contraponiéndole la nueva idea de utopía. (La noción pseudogriega acuñada por Tomás Moro significa 'sin lugar' o también 'lugar donde las cosas van bien'.) La más famosa de estas utopías imaginarias de los antiguos griegos es la *República* de Platón, un dominio ideal gobernado sabiamente por reyes filósofos con un lugar reservado para cada persona y donde cada persona está en el lugar que se le ha asignado, es decir, un mundo perfectamente justo, aunque con una justicia bastante restringida. Pero está claro que incluso el mismo Platón consideraba que este ejercicio académico era en última instancia insatisfactorio. Los reyes filósofos no eran precisamente lo que abundaba en la

Grecia del siglo iv. Por ello, Platón pasó los últimos años de su larga vida (427-347) construyendo una nueva Jerusalén mucho más firmemente estructurada, que concibió como una nueva y flamante ciudad griega que habría de ser fundada en la isla de Creta. Tampoco esto llegó a convencer, en absoluto, al más brillante discípulo de Platón: Aristóteles. Éste retornó a los principios básicos y finalizó su *Política* esbozando una utopía «rebajada», o realista, pensada para los mortales y no para que vivieran en ella unos semidioses.

Con esto hemos dado la vuelta completa al círculo, volviendo a nuestro punto de partida, la *polis* observante de las leyes a las que se vincula. Éste fue verdaderamente uno de los mayores logros colectivos de los griegos, y constituyó el marco indispensable dentro del cual construyeron el legado del que somos aún —o deberíamos ser— unos herederos agradecidos.

Cualquier historia del pasado es historia del presente, en el sentido de que las preocupaciones del presente afectan, en cierta medida, al modo de estudiar y escribir la historia. La historia tiene también rasgos personales, ya que es imposible evitar la influencia de las propias opiniones y de los prejuicios del historiador, tanto en la selección del material histórico como en el énfasis que se pone en algunos aspectos. Por lo tanto, pueden ser necesarias algunas explicaciones y justificaciones para lo que vamos a exponer a continuación, en una secuencia más bien cronológica, sobre las vidas y las épocas de ocho hombres griegos (uno de ellos naturalizado griego) y siete mujeres griegas (incluida una que posiblemente sea un personaje de ficción) que se fueron sucediendo desde Homero (que tuvo sus momentos más creativos en torno al 700 a.C.) hasta Alejandro Magno (que falleció en 323 a.C.).

Los antiguos griegos escribieron ellos mismos una historia androcéntrica (centrada en los varones), cuando no una historia claramente machista. Eran conscientes de que las mujeres constituían la mitad de la raza humana, pero sólo ocasionalmente otorgaron el debido reconocimiento a las significativas contribuciones de algunas mujeres a la historia. Nosotros sí que podemos, y debemos, hacerlo mejor dando a las mujeres de la antigua Grecia algo similar a una paridad de estima y atención. Asimismo, la civilización griega, creada y disfrutada por griegos libres con categoría de ciudadanos, tuvo también una cierta dependencia, al menos en parte, de la contribución de los muchos miles de hombres y mujeres que no eran ciudadanos, incluidos aquellos que no



FIGURA 5. Mediterráneo central y oriental, mostrando la situación del núcleo de Grecia entre la antigua civilización egipcia por el sur, y el imperio persa hacia el este. Los griegos comenzaron a emigrar desde el centro del Egeo a partir del siglo xi a.C., y en la época de las invasiones persas a principios del siglo v existían comunidades griegas repartidas «como ranas alrededor de una charca» (como dijo Platón) de un extremo al otro de la cuenca mediterránea, y alrededor del mar Negro por el nordeste.

eran ni griegos, ni libres. Al menos uno de los sujetos que menciono en este libro (Pasion) comenzó su vida en el mundo griego como esclavo «bárbaro» (no griego). Otra figura mencionada (Neera) fue acusada de haber sido una prostituta esclava antes de comenzar su segunda carrera como mantenida (según se ha dicho) a la que el ciudadano ateniense al que servía como pareja hacía pasar ilegalmente por su esposa legal.

La inclusión de una selección de poetas (Homero, Safo) y filósofos (Sócrates, Aristóteles) no requiere aquí ninguna justificación especial. También aparecen hombres y mujeres de acción (Clístenes, Artemisia, Pericles, Epaminondas, Olimpia, Alejandro Magno): todos ellos eran personas de la mayor distinción e importancia histórica. La elección de Diotima, que podría ser un personaje totalmente ficticio, es probablemente la que necesita más justificación. Responde no sólo a la intención de representar la importante clase de mujeres griegas que tuvieron una influencia religiosa, sino que también hace el papel de sustituir a su inventor, Platón, que no dispone de un capítulo dedicado a él en especial (en parte porque era otro ateniense, y en parte por ser tan excéntrico y atípico en muchos aspectos), pero que está representado indirectamente, no sólo por Diotima, sino también por su maestro, Sócrates, y por su más destacado discípulo, Aristóteles.

Está claro que no era posible incluir en este pequeño espacio a todos los grandes (o más importantes) griegos de la Antigüedad. Puede que algunos lectores lamenten, por ejemplo, la ausencia de capítulos sobre los tres grandes dramaturgos atenienses del siglo v. Una razón para omitirlos ha sido mi deseo de desplazar el centro de atención, al menos en cierta medida, de los personajes demasiado conocidos que se concentran en Atenas y especialmente en la Atenas del siglo v. La civilización griega se desarrolló también en otras ciudades y otras épocas.

No obstante, a través de las vidas de estos quince hombres y mujeres es posible presentar y examinar, y así se va a hacer, de una manera inusualmente atractiva y viva los temas más relevantes de la literatura, las artes plásticas, la sexualidad, la política (especialmente la democracia), las relaciones con los no griegos, la vida cotidiana en el hogar, la filosofía, la guerra, los deportes atléticos, el federalismo, la religión, la esclavitud, la economía y la influencia cultural.

Además, estos quince personajes griegos de la Antigüedad representan una cultura y una civilización que aún significan mucho para nuestra propia cultura y nuestra civilización en todo tipo de aspectos,

algunos más abiertamente reconocidos que otros. Espero que el tratamiento que hago de estos personajes refleje adecuadamente la actividad de investigación y controversia que se está realizando en la actualidad en un campo, el estudio del mundo clásico, que sigue estando muy vivo y coleando, a pesar de que su atención se dirige a algo que lleva mucho tiempo muerto.

Capítulo I

HOMERO DE QUIÓS

Shakespeare es, en cierto modo, un enigma biográfico, pero todo el mundo sabe que es el hijo predilecto de Stratford, en Warwickshire, Inglaterra. No existe otro candidato que reclame ser su lugar de nacimiento, a diferencia de lo que sucede con la autoría de algunas de las obras que se suponen suyas. En cambio, varias ciudades de la antigua Grecia se disputan el honor de ser el lugar de nacimiento de Homero, equivalente griego del dramaturgo mencionado, y este contencioso nunca ha sido resuelto. La gran ciudad isla de Quíos tiene más probabilidades de ganar que la mayoría de las otras.

Hacia finales del siglo v, Tucídides, el pionero de la historia, se atrevió a confrontar con su épico antecesor un relato en prosa sobre una gran guerra y a poner en duda sus estadísticas. Sin embargo, se observa aún una inmensa reserva de admiración y respeto en la cita de Tucídides alusiva a un pasaje de un antiguo himno griego a Apolo de Delos que contiene la famosa referencia al «ciego de Quíos». Muchos supusieron que aquel ciego era el propio Homero, sobre todo porque un poeta cortesano que desempeña un papel importante en la *Odisea* es también ciego. Así se desarrolló la leyenda del bardo ciego, del prodigioso autor de versos que carecía de visión física, pero estaba lleno de agudeza mental y espiritual, por lo que actuó como conciencia y guía del pueblo en la antigua Grecia.

La *Iliada* y la *Odisea* son las dos primeras obras de la literatura europea y además sus dos primeras obras maestras. Sin embargo, cuando

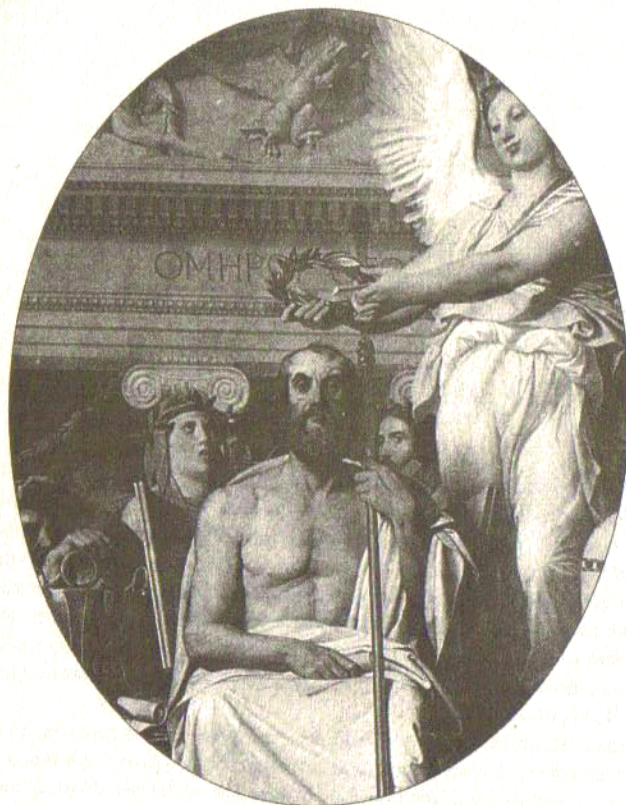


FIGURA 6. *Apoteosis de Homero*, Jean Auguste Dominic Ingres. Tan grande era la fama de Homero que en la Antigüedad la gente imaginaba que después de muerto había llegado a estar entre los dioses inmortales. En el Museo Británico se puede ver una representación de esta apoteosis en un relieve de mármol que data de alrededor del año 200 a.C. Esta escena aparece también en muchas copias de pintores que cultivaron los temas clásicos (Museo del Louvre, París).

hablamos de la identidad del poeta —o poetas— que las crearon, lo hacemos en realidad sin que la historia tenga nada que ver con ello. Sencillamente, no hay suficientes pruebas de las que se puedan considerar fiables. En la actualidad hay un consenso general entre los expertos según el cual se dice que hubo un único y formidable autor para cada uno de estos poemas épicos, aunque ambos no tienen por qué ser necesariamente la misma persona. Sin embargo, lo que en realidad importa no es tanto la identidad del autor, sino que, fuera quien fuera (o los que fueran), se trataba de un autor de versos en un sentido muy diferente del sentido en que lo fue, pongamos por caso, Shakespeare.

Tanto la *Iliada* como la *Odisea* son poemas épicos tradicionales de transmisión oral, el producto final de un proceso de varios siglos de composición y transmisión oral de cantos compuestos y conservados, en su mayor parte, sin ayuda de la escritura. Desde luego, en algún lugar de la trayectoria de estas obras, hacia el final de ella, la escritura entra en escena. ¿Sabía nuestro formidable autor escribir por sí mismo? ¿O, de alguna forma, dictó las monumentales versiones de estos poemas combinados a un escriba o a un pequeño ejército de escribas? ¿Estaba desarrollado el alfabeto griego en el momento, el lugar y el modo precisos para recopilar estas monumentales obras? Esta última hipótesis puede parecer extravagante, pero ha sido argumentada con seriedad e indica el lugar único en la imaginación social colectiva de los griegos que los dos poemas épicos llegaron a ocupar instantáneamente.

Se ha dicho, con razón, que una epopeya presupone ruinas. Las epopeyas que relatan la expedición de los griegos a Troya y el asedio de diez años que fue necesario para recuperar a una reina griega adúltera, así como los otros diez años que pasó errante uno de los capitanes griegos hasta que pudo al fin regresar a su reino y junto a su reina en una pequeña y rocosa isla del Mediterráneo, se originaron probablemente en un período en que los griegos experimentaban una necesidad urgente de consuelo. Los días gloriosos de la Grecia micénica del final de la Edad del Bronce (c. 1500-1100) habían terminado en lágrimas, con una destrucción generalizada de plazas fortificadas y una gran dispersión de la población. En vez de palacios, los «grandes hombres» de aquellos siglos oscuros que transcurrieron entre 1100 y 900 habitaban poco más que chozas con pretensiones de ser casas. La capacidad de leer y escribir desapareció al desaparecer el lujo. Con el fin de huir buscando una nueva vida, los griegos cruzaron el Egeo para ocupar la costa oeste de lo que actualmente es Turquía y navegaron para establecer nuevos lugares de

residencia, hasta llegar por el este a Chipre. También terminaron por estar más separados unos de otros, cuando las empresas comerciales con desplazamientos a larga distancia se hicieron menos rentables y frecuentes, y en su aislamiento y debilidad las comunidades se encerraron en sí mismas.

En unas circunstancias tan precarias como éstas, los poetas pudieron, y así lo hicieron, mantener vivos los fuegos del hogar mediante relatos edificantes de hechos heroicos realizados en el pasado por hombres que eran más grandes, más fuertes, más aventureros y, en todos los sentidos, más admirables que sus empobrecidos y desmoralizados descendientes. Así nació el ideal épico, el esfuerzo heroico «para realizar hazañas extraordinarias y para ser mejor que los mejores», como dijo Homero. Este ideal se mantuvo vigente durante mucho tiempo, pasada la época de su creación en los siglos XI o X a.C., sobreviviendo incluso al surgimiento de un ideal de la existencia relativamente meritocrático y democrático en el siglo V a.C. Aproximadamente en algún punto intermedio entre estos dos períodos se produjeron las imponentes epopeyas homéricas, y en este sentido se puede decir que ahí se sitúa la vida de «Homero», en lo que se ha llamado el renacimiento griego del siglo VIII a.C.

Durante esta época, el mundo griego del Egeo experimentó una renovación general tanto económica como social y cultural, dentro de la cual los poemas épicos de Homero en su forma monumental no son lo más insignificante. Los contactos comerciales se renovaron e intensificaron tanto hacia el este como hacia el oeste. Los artículos de lujo procedentes de Oriente se abrieron camino hacia la parte continental de Grecia, al mismo tiempo que los comerciantes griegos se ponían en camino hacia el oeste y establecían asentamientos permanentes que llegaron hasta la bahía de Nápoles. Una copa para vino hecha de barro en la isla de Rodas fue precisamente uno de los artículos comerciales que acabaron en una tumba griega de Ischia en el último cuarto del siglo VIII a.C. Pero este recipiente en concreto tiene un interés especial. Lleva una inscripción con letras del entonces recientemente inventado alfabeto griego, que se basaba en préstamos de un modelo fenicio. La forma de las letras que se utilizaron son las que se desarrollaron en la isla de Eubea, de donde habían llegado los pobladores de Ischia. Además, estas letras se usaron en el recipiente para escribir versos griegos, entre los que se encuentra una línea en hexámetros, la métrica de los poemas épicos de Homero. Lo que es más, estos versos hacen alusión a un objeto famoso que se describe en la *Iliada*: la copa del anciano Néstor, una gran copa de me-

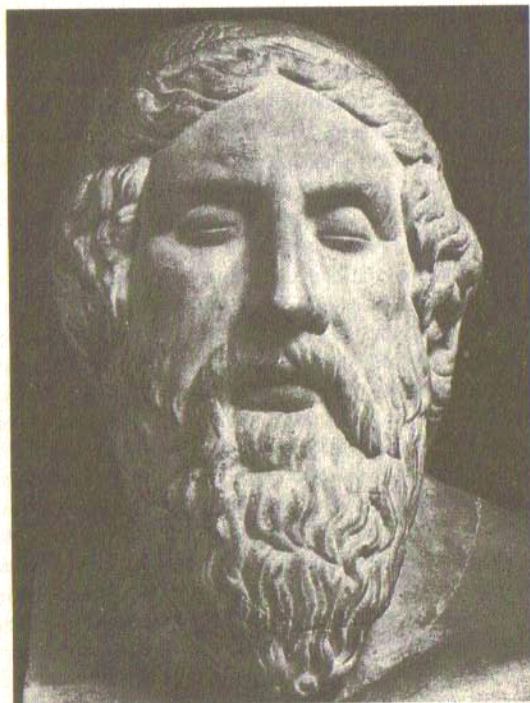


FIGURA 7. Homero. En la época en que se esculpió este busto nadie sabía qué aspecto podía haber tenido Homero realmente, si es que verdaderamente había existido un Homero. Pero todos los griegos conocían el tradicional himno a Apolo de Delos, que aludía a su compositor describiéndolo como «un anciano ciego de Quios», y Tucídides (3.104) no era el único que atribuyó el himno al propio Homero. En la *Odisea*, el bardo que había cantado para Ulises por orden real en el país mítico de los feacios era asimismo un discapacitado físico, pero con plenas facultades espirituales: «La Musa le había privado de la vista, pero en compensación le había dado el don de hacer canciones fascinantes» (Museo del Vaticano).

tal precioso. El propietario de este mucho más humilde recipiente de barro que le acompañó a la tumba en Ischia tenía un fino sentido del humor. Decía que la copa de Néstor era magnífica y de buen gusto, pero carecía de las propiedades afrodisíacas de su copa: quien bebía de ella estaría poseído al instante por un incontrolable deseo de Afrodita, es decir, de tener relaciones sexuales. Así pues, vemos que en el último cuarto del siglo VIII a.C., no sólo estaban ampliamente difundidas las epopeyas de Homero, sino que lo estaban en un mundo completamente nuevo.

Sin embargo, mientras los griegos que habían emigrado hacia el este durante los siglos XI y X a.C. se desplazaron en pequeños grupos familiares como individuos aislados, los que partieron hacia el sur de Italia y a Sicilia a partir de mediados del siglo VIII lo hicieron como miembros de empresas políticas organizadas, para realizar fundaciones oficiales. La *polis* autogobernada había nacido. La *Ilíada* y la *Odisea* se sitúan en épocas muy lejanas y los poetas hicieron un esfuerzo consciente por conservar cierto grado de autenticidad. Por ejemplo, los personajes principales están representados como reyes que habitan en palacios y luchan con armas de bronce, como hacían los gobernantes micénicos a finales de la Edad del Bronce. No obstante, durante el período de transmisión oral de estos poemas épicos, los reyes perdían sus palacios e incluso sus tronos reales, y las armas de bronce eran reemplazadas por otras de hierro. Los arqueólogos se refieren a este período de la historia de Grecia (o protohistoria) denominándolo Primera Edad del Hierro. Estos cambios no se podían introducir plenamente en los poemas sin echar a pique sus argumentos épicos, pero sin embargo se metían deslizándose por los bordes, por decirlo así, especialmente en los abundantes símiles poéticos, cuya función era precisamente hacer revivir el pasado para hacerlo comprensible, ligándolo con vivencias contemporáneas que resultaran familiares.

Se piensa que Homero (tanto si fue uno como si fueron dos) era un poeta dotado de un especial talento para este tipo de actualizaciones contemporáneas, es decir, para entretejer lo viejo y lo nuevo. Pero, sobre todo, tenía un prodigioso talento para crear una narrativa monumental, para imponer en una masa heterogénea e informe de materiales tradicionales una disciplina de unidad narrativa, una selección rigurosa y para centrar la atención en una única línea argumental principal: en la *Ilíada* la cólera de Aquiles, en la *Odisea* la nostalgia del reino de Ítaca (literalmente las penalidades experimentadas en un viaje de regreso). La tradición dice que el sitio de Troya duró diez años. La *Ilíada* lo ignora todo,

salvo unas pocas semanas durante el décimo año y ni siquiera cuenta la historia de la caída de Troya. Asimismo, muchos héroes, además de Odiseo, experimentaron una pavorosa *nostoi* (vuelta a la patria) después de la captura de Troya, y Odiseo, en tanto que rey de una Ítaca bastante remota y escasa de recursos, no figuraba en el gran equipo de los héroes de los primeros tiempos. Sin embargo, centrándose en Aquiles y Odiseo, Homero pudo crear unos relatos imperecederos.

En resumidas cuentas, la *Ilíada* (unas 15.000 líneas) relata la resolución del problema planteado por la cólera de Aquiles dentro del contexto de una gran expedición griega contra la ciudad asiática de Troya. Aquiles tenía personalmente pocos intereses, o ninguno, en lo relativo a la motivación o el resultado de la expedición, pero tenía el mayor interés posible con respecto a la conservación o mejora de su reputación de máximo héroe guerrero de Grecia. Así, cuando Agamenón de Micenas, jefe supremo de la expedición, le privó de su botín, incluida una joven encantadora que Aquiles consideraba suya de pleno derecho, éste agarró un enfado heroico, negándose a luchar hasta que Agamenón le concedió la restitución y las reparaciones adecuadas. El resultado inmediato fue que la situación de los griegos empezó a parecer difícil en cuanto a la posibilidad de tomar Troya y se vio que podrían verse obligados a regresar a casa con el infortunio a cuestas. Ni siquiera la intervención del mejor amigo de Aquiles, Patroclo, que se puso la armadura de aquél y tomó la dirección de sus tropas, pudo lograr cambios significativos en la situación, salvo por el hecho de que Patroclo resultó muerto y su cadáver fue despojado de la armadura, lo que hizo que Aquiles se decidiera a volver a la lucha. Pero no lo hizo por la causa griega, que identificaba en cualquier caso como la causa personal de Agamenón y su hermano Menelao, cuya esposa Helena era el origen manifiesto y el objeto principal de toda esta epopeya troyana.

En vez de por defender la causa griega, Aquiles peleó por sus propios intereses y su amor propio frustrado. Al hacerlo así, llegó a lo más alto y descendió a lo más bajo de la condición de héroe, pues mató a Héctor en un duelo ante las murallas de la ciudad, para luego arrastrar por el lodo no sólo el cadáver de Héctor, sino también sus propios sentimientos humanitarios, ya que ató al muerto a su carro, lo arrastró dando varias vueltas a las murallas de la ciudad y luego le negó los debidos ritos fúnebres. Sólo al final de la *Ilíada* —y éste es el golpe maestro de Homero— se le permite a Aquiles redescubrir la dimensión humana que se esconde tras el auténtico orgullo épico. El clímax se alcanza en la escena en que Prí-



FIGURA 8. Áyax llevando el cuerpo de Aquiles. Los mitos griegos no sólo se cantaban o se recitaban, sino que desde el siglo VIII en adelante también se representaron utilizando distintos medios visuales. Aquí, sobre una vasija ateniense datada alrededor del 570 a.C. y exportada a Etruria, donde la enterraron junto a su propietario, entre numerosas escenas mitológicas aparece esta impresionante representación de Áyax (en griego Aias) llevando el cuerpo del fuerte guerrero Aquiles (Achilleus). A pesar de sus grandes hazañas como luchador, o quizás a causa de ellas, Áyax se volvió loco y se puso a matar animales como si fueran enemigos humanos, cayendo finalmente sobre su propia espada. Sófocles escribió sobre este tema una tragedia que se ha conservado hasta nuestros días (Museo Arqueológico, Florencia).

mo, el anciano padre de Héctor, implora a Aquiles que le devuelva el cadáver de su hijo primogénito y llega incluso a tener el ánimo suficiente para poner sus manos entre las manos que han matado a su hijo. Nos encontramos aquí con el arte literario en su faceta más pura y elevada.

La *Odisea* (unos doce mil versos) nunca llega a alcanzar esta cota sublime, ni esta profundidad, aunque no por ello es menos grandiosa, ya que trata más el tema de las preocupaciones cotidianas de los hombres (y mujeres) griegos corrientes o, al menos, no tan elevados en la escala social. Como en la *Iliada*, la situación social que refleja una de las principales líneas argumentales de la *Odisea* es la violación de los sagrados deberes de la hospitalidad (sagrados porque estaban bajo la protección de Zeus). Mientras Ulises está de viaje, 108 pretendientes invaden como una plaga su hogar, comiendo y bebiendo a sus expensas durante veinte años. La esposa de Ulises, Penélope, y su hijo Telémaco, que durante la ausencia de su padre crece hasta convertirse en un hombre, se ven obligados a permanecer más o menos impotentes observando el horrible espectáculo.

Por supuesto, Penélope no era una persona que careciera de habilidades; de hecho, su astuta inteligencia era casi equivalente, en versión femenina, a la de su legendariamente hábil esposo, Ulises, «el de los muchos ardides». Su manera de llevar a cabo la tarea tradicionalmente femenina de tejer —la parte del sudario de su anciano suegro que había tejido durante el día la deshacía durante la noche— se describe con la intención de suscitar la admiración de los oyentes y de los posteriores lectores. Cuando está terminando el poema, después de haberse reunido por fin con Ulises, el modo en que comprueba si Ulises es realmente quien dice ser es casi como una obra de investigación detectivesca al estilo de Sherlock Holmes. Sin embargo, el carácter épico se concentra en la saga de Ulises, en vez de en la de Penélope, y sus andanzas constituyen fundamentalmente, como la ira de Aquiles, pero de un modo muy diferente, una exploración del mundo griego y de cómo debía ser el comportamiento de los varones griegos.

La historia de Aquiles sirve para comprobar y establecer cómo era el ideal griego a través del exceso. Era demasiado iracundo, demasiado orgulloso, demasiado narcisista, insuficientemente dotado de espíritu de servicio público y de sentimiento solidario con la comunidad a la que pertenecía. No es gratuito que el escudo de Aquiles, fabricado por Efesto, el herrero del Olimpo, por encargo de Tetis, la inmortal madre de Aquiles, llevara la imagen de dos ciudades, una en guerra y la otra en

paz. El famoso pasaje que describe cómo era este escudo (entre los imitadores más recientes de este pasaje se encuentra W. H. Auden) es de la segunda mitad del siglo VIII a.C., y probablemente uno de los más tardíos de todos los que se escribieron para esta obra. A partir de entonces, la ciudad o *polis* iba a ser el marco del pensamiento griego relativo a la política y a otros valores sociales e individuales. En cuanto a Ulises, sus encuentros con dioses, diosas y otros inmortales, así como con bárbaros, caníbales y diversos monstruos, antes de su encuentro final y decisivo con los pretendientes extraordinariamente inmorales de Penélope, están diseñados para mostrar los límites reales del comportamiento social, religioso y cultural en el mundo griego existente hacia el 700 a.C., un mundo que estaba enorme y desconcertantemente expandido y era potencialmente terrorífico.

Las características de Homero como hombre permanecen desconocidas por ser irre recuperables, aunque podría haber tenido el aspecto y la manera de actuar, en cierto modo, de Demódoco, el poeta cortesano ciego de Alcino, rey del país utópico de Feacia, que hizo brotar las lágrimas en los ojos de Ulises cuando cantó con tanta dulzura y emoción la caída de Troya. A Homero se le ha llamado a veces la Biblia de los griegos. Esta comparación es apropiada en la medida en que la Biblia hebrea ha sido una epopeya nacional con respecto a los judíos. Sin embargo, el significado de Homero para los antiguos griegos, como para nosotros, es más el de un icono cultural. En sus poemas épicos se podía encontrar todo tipo de vida humana (así como también las inhumanas y las sobrehumanas): si se quería saber cómo llegar a ser político, general, padre de familia o amante, siempre existía algún pasaje, escena o libro de Homero que podía ofrecer las enseñanzas necesarias. Bastaba con saber dónde y cómo buscar.